

ODRES Y DIACONADO

Padre Pedro José Ynaraja

Ambas cosas no pegan ni con cola, se me dirá, y con razón. Referirme a la primera me permitirá simbólicamente hablar de la segunda. Y el lenguaje simbólico es genuinamente humano.

Desollado el animal por el pastor, no tiraba la piel, le resultaba útil para vestirse y transportar líquidos, especialmente vino. El cuero embadurnado con asfalto era impermeable. Anudado lo que había recubierto las 4 patas, era un cuenco, resistente a caminatas. Más tarde, se logró sacar la badana casi entera y recubrirla de pez, era ya hermético. Desconocía el hombre primitivo buenas formas de curtido y la piel se agujereaba al más leve pinchazo o se volvía quebradiza y se rasgaba. En mi juventud, existía el oficio de botero en cualquier población, hoy ha desaparecido. Pero la elaboración del vino continua, el proceso es el mismo, la diferencia está en que se almacena en cilindros inoxidables, se envejece, si conviene, en barricas de roble y le llega al consumidor embotellado. Nadie piensa ya en mejorar la calidad de los odres.

Pienso, y cambio de tercio, en el diácono Esteban, protomártir en la incipiente comunidad de Jerusalén. En Lorenzo, administrador y ejecutivo de la de Roma imperial. En Benito de Nursia, padre de Europa, que supo captar y mejorar lo mejor de los del desierto y, puesto por escrito, sirvió de orientación al monacato occidental. En Francisco de Asís que rompió murallas, se acercó al pueblo y le contagió sus intuiciones de pobreza, piedad y alegría. No multiplicaré ejemplos. Modernamente, el diaconado era un simple peldaño transitorio en la vida de cualquier seminarista. Una pena.

El Vaticano II lo reinstauró. Quiso vislumbrar nuevas vocaciones, pero ha faltado intuición y, generalmente, el diácono ejerce de presbítero disminuido. La puerta está abierta, es de esperar santos geniales que la traspasen y anuncien nuevas formas, no meras reformas.

Ponía ejemplos la semana pasada. Vuelvo de nuevo. Urgen diáconos para administrar los bienes de la Iglesia. Se encarga labores de este género a seculares competentes, pero carentes de visión eclesial. Se conservan patrimonios, piedras arqueológicas y bellezas museísticas. La gente valora el precio de estas propiedades y piensa que una iglesia de tal género ni es creíble, ni le interesa. Heredarán generaciones posteriores, techos, paredes y utensilios. Todos pagarán por verlas, pero la piedad y la vida sacramental habrán enmudecido.

La dirección de un hospital cristiano debería encomendarse a un diácono, la de una publicación cristiana, también. Por supuesto la responsabilidad de Caritas y Manos Unidas y tantas otras ONG, lo mismo. No multiplico ejemplos. La Gracia sacramental y la Caridad, el equilibrio sentimental, propio de una vida familiar y los estudios académicos que le den competencia, serán los medios que permitirán que

el diácono cumpla su ministerio. Los presbíteros y los religiosos, evangelizarán, darán testimonio profético y los primeros presidirán la liturgia sacramental, Eucaristía, Penitencia, Imposición de manos y Unciones. Excelente tarea le espera a la Iglesia que pronto presidirá el nuevo Papa.